Imprimir

A pesar de la predicción liberal de que la expansión de los mercados libres daría lugar a más democracia, el autoritarismo no hace sino aumentar. La razón es simple: el capitalismo siempre defenderá las jerarquías sociales frente a la amenaza de la igualdad económica. Cada vez es más difícil ignorar el hecho de que la democracia en todo el mundo está en retroceso.

Por un lado, muchos de los Estados más poderosos del mundo —desde China a Arabia Saudí— están gobernados por regímenes autoritarios que parecen estar fortaleciéndose. Por otro lado, el respeto por las normas democráticas liberales —como el derecho a la protesta y la independencia del poder judicial— está en declive en los regímenes establecidos. Y muchos Estados que parecían estar en el camino de la democracia —como Hungría y Turquía— están atrapados en una especie de purgatorio «democrático iliberal».

En total, alrededor del 72% de la población mundial vive bajo alguna forma de régimen autoritario, según algunos expertos. Los investigadores de Freedom House afirman que alrededor del 38% de la población mundial vive en países que pueden calificarse de «no libres». El académico liberal Larry Diamond ha calificado el retroceso de la democracia en todo el mundo de «recesión democrática».

La erosión de la democracia ha sido especialmente difícil de conceptualizar para los liberales. Al fin y al cabo, no se suponía que las cosas fueran así.

Se suponía que la caída del Muro de Berlín pondría fin a cualquier cuestión pendiente sobre la compatibilidad de la democracia y el capitalismo. Este último iba a expandirse inevitablemente, trayendo consigo los derechos y libertades que muchos en el mundo rico habían llegado a dar por sentados. El resto del mundo estaba destinado a converger en el modelo iniciado por Occidente.

Los teóricos y responsables políticos liberales han ideado una serie de argumentos para explicar la aparente contradicción entre la expansión del capitalismo y el retroceso de la

democracia.

Los de la derecha del espectro político sitúan el problema en los «enemigos de la democracia» extranjeros. Para estos pioneros de la nueva Guerra Fría, Xi Jinping y Vladimir Putin —aunque curiosamente no Mohammed bin Salman o Viktor Orban— son los culpables de lavar el cerebro a los pueblos occidentales amantes de la democracia con propaganda autoritaria.

Los centristas tienden a afirmar que el verdadero problema son los «extremistas de ambos bandos», argumentando que los socialistas democráticos como Bernie Sanders y Jeremy Corbyn, que nunca han estado ni siquiera cerca de alcanzar el poder estatal, comparten tanta culpa del retroceso democrático como los antiguos líderes mundiales de la derecha populista como Boris Johnson y Donald Trump.

Toda evaluación del problema es, por supuesto, totalmente individualista. Muchos liberales creen sinceramente que el mayor desafío a la democracia actual son unos cuantos «malos» que corrompen un sistema que, por lo demás, funciona bien.

Estos argumentos son, por supuesto, totalmente absurdos. El apoyo a la democracia no está disminuyendo porque a los votantes les laven el cerebro con propaganda enemiga en TikTok. El apoyo a la democracia está disminuyendo porque, sencillamente, la democracia no funciona como nos dijeron que funcionaría.

En primer lugar, se suponía que la combinación de capitalismo y democracia traería prosperidad y progreso a todas las naciones que los adoptaran. Durante un breve periodo tras la caída del Muro de Berlín, cuando la globalización se disparó, esto parecía una historia creíble.

La crisis financiera puso fin a esta ilusión colectiva en el Norte global. La generación que alcanzó la mayoría de edad durante la crisis de 2008 ha tenido que adaptarse a la realidad de que es poco probable que estén mejor que sus padres.

Pero incluso antes de la crisis financiera, la crisis asiática de finales de la década de 1990 demostró a muchos en el mundo en desarrollo que abrir los mercados propios al capital internacional podía ser una receta para el desastre. Alguna combinación de autoritarismo y controles de mercado parecía la respuesta natural.

En segundo lugar, se suponía que el progreso traído por la democracia y el capitalismo daría lugar a más democracia. Los controles y equilibrios acabarían con la corrupción. Una población educada elegiría a los líderes «correctos». Y en lugar de hacer campaña basándose en ideologías anticuadas, esos líderes competirían por los votos apelando al «votante medio», aportando moderación a sociedades antes divididas.

En cambio, la corrupción va en aumento, la ideología ha vuelto y la gente sigue eligiendo a los líderes «equivocados». Quizá la creación de sociedades tan estratificadas que la clase dirigente apenas puede comprender las preocupaciones de los votantes de a pie no era una receta tan infalible para la democracia después de todo.

Algunos comentaristas algo más reflexivos aceptan que esta lectura asombrosamente simplista podría no captar toda la historia. En una nueva serie de podcasts para el *Financial Times*, Martin Wolf parece realmente preocupado por el futuro de la democracia, y acepta una pequeña parte de la culpa que le corresponde a él y a sus colegas.

El problema, parece creer Wolf, es que los neoliberales, en todo su celo por el fin de la historia, extendieron el libre mercado demasiado lejos y demasiado deprisa. La terapia de choque de los años 90 no fue acompañada de medidas para aliviar las tensiones sociales y económicas que trajo consigo.

El argumento recuerda al planteado por el teórico político Karl Polanyi, que creía que los mercados libres capitalistas se extendían demasiado rápido para que las sociedades pudieran adaptarse. Aquellos cuyas vidas e ideales se veían amenazados por la aparición de este valiente nuevo mundo se opondrían a la invasión de la «sociedad de mercado», a menudo apoyando a hombres fuertes autoritarios.

Los liberales progresistas como Wolf tienden a creer que la solución al problema vendrá de alguna forma de capitalismo regulado. A menudo, estos comentaristas son keynesianos que abogan por un retorno al consenso socialdemócrata de la posguerra.

Pero este tipo de nostalgia no es más sana que la que manifiestan los seguidores de Trump que anhelan volver a un mundo anterior a la propagación de la «ideología de género». Después de todo, hay una razón por la que el consenso keynesiano se vino abajo.

En cuanto el crecimiento económico se ralentizó, la batalla latente entre trabajadores y empresarios que había estado burbujeando bajo la superficie explotó de repente en la corriente política dominante. Sin el exceso de beneficios extraídos del resto del mundo para mantener este conflicto en secreto, a la clase dominante solo le quedaba una opción: la guerra total contra los trabajadores.

Por esta razón, a pesar de que es cegadoramente obvio que las democracias capitalistas necesitan algunas medidas para reducir la desigualdad al tiempo que abordan el colapso climático, la visión capitalista progresista para el futuro no tiene ninguna posibilidad de aplicarse. Solo queda una conclusión: para empezar, el capitalismo y la democracia nunca fueron realmente compatibles.

Grace Brakeley

Fuente: https://jacobinlat.com/2023/06/22/el-capitalismo-no-es-democratico/

Foto tomada de: https://jacobinlat.com/2023/06/22/el-capitalismo-no-es-democratico/